

ACERCA DE LA IDENTIDAD, LA IDEOLOGÍA,
LA CRISIS Y LO INNOMBRABLE

Alfredo SALDAÑA, *No todo es superficie (poesía española y posmodernidad)*.
Valladolid, Universidad de Valladolid, 2009, 259 pp.

No todo es superficie (*Poesía española y posmodernidad*) es una guía para caminar por el sendero de la posmodernidad y los efectos que esta ha causado en la poesía española contemporánea. En este itinerario, Alfredo Saldaña diagnostica en primer lugar aquello que sucede en el mundo, en la realidad, en la posmodernidad, para más adelante señalar los problemas que surgen en un universo tan complicado y enrarecido como el poético, sin dejar de lado que, a fin de cuentas, se trata de una cuestión estética, como casi todo en la vida, y que existe la posibilidad de aceptar todo cuanto sucede en ese espacio siempre y cuando no afecte a los criterios básicos de convivencia: igualdad, libertad y felicidad (sí, felicidad). Así de fácil. Se trata, como señala Saldaña, de pensar que en la otredad, en ese espacio que todos habitan y en el que todos son (somos) diferentes, toda estética pueda desarrollarse en igualdad de condiciones con las demás. Y aunque parezca una obviedad tener que incidir en este aspecto nada tiene de ello, porque a veces todos olvidamos que este espacio en el que todos convivimos no tiene un solo dueño, porque es de todos, de cada uno de los que en él habitamos, escribimos, piensan, vivimos.

Ya lo había señalado en textos anteriores, pero quizá sea en este libro donde Saldaña con mayor fuerza alza la voz para reivindicar una necesaria y puntual reinterpretación de lo que está sucediendo. Tal relectura no tiene por origen la dinamitación de todo lo que existe (para nada), a pesar de que muchos críticos y estudiosos señalen esto, a buen seguro porque se trata de críticos y estudiosos adscritos al poder, cercanos a él o algo semejante. El verdadero fondo de esta “revisitación” radica en la necesidad de mover los cimientos de lo ya construido para poder observar

cuál es su estado y dónde debe producirse la actuación para que no se venga abajo lo que ya existe y, por supuesto, para intentar mejorarlo. Esa debería ser la obligación de todo ser humano con el mundo, con su lugar, con su espacio: intentar mejorar lo que se ha encontrado. No parasitarlo. No destruirlo. Eso es la posmodernidad, eso es lo que señala Saldaña, una oportuna reconsideración de lo establecido, una obligatoria apuesta por la renovación pero basándose siempre en que todo cuanto nos rodea pertenece a todos. No a quien realiza esa reestructuración, pues solo se trata de un intérprete más en esta representación, a veces cercana a la farsa, que es la vida, la poesía, el pensamiento.

No tengo nada en contra de las visiones clasificadoras, al contrario, creo que ayudan a tenerlo todo presente a la hora de realizar los trabajos de aproximación a las materias, pero en ocasiones ese afán por ponerle una etiqueta a cada cosa nos lleva a una adjetivación que, como mínimo, merece una reflexión de partida. ¿Es Alfredo Saldaña un teórico de la denominada posmodernidad esperanzada¹? A mi juicio no. Porque no creo que podamos delimitar el concepto de posmodernidad según cuál sea la actitud del investigador. Podemos decir que se trata de una visión basada en la fe en los principios básicos, una visión más o menos ajustada a la realidad –que a mi juicio lo es, pero quién puede delimitar hoy a ciencia cierta lo que es la realidad– y que es consciente de que tal postura puede no ser compartida por algunos. Pero en esta postura radica también la esencia de *No todo es superficie*, pues se trata de una actitud basada en la diversidad, es decir, que acepta cada una de las posiciones particulares y sus singularidades en esta sociedad globalizada.

¿Y qué es una sociedad globalizada? Pues, como el propio Saldaña señala, ni más ni menos que una sociedad que ha abrazado un fenómeno de mimetismo con la figura de poder justificando la hegemonía de la forma dominante como una actitud global, de masas (una ideología extendida en el mundo, un espacio que se extiende en territorios donde no se pone el sol):

No nos engañemos, es innegable que la globalización hegemónica es un fenómeno basado en la mundialización del capitalismo, las finanzas, los mercados bursátiles, el comercio y las comunicaciones, un fenómeno que –tal como está concebido– aspira a la imposición de un determinado modelo de vida (55).

Esta reflexión va más allá de una apuesta concreta por los valores de la posmodernidad, se trata de una interesante propuesta identitaria. Saldaña cree que a través de cada una de las identidades individuales se genera ese todo al que denominaremos sociedad, masa, o como deseemos. En la identidad y en cada uno de sus rasgos resurge el término ideología como fuente para comprender la singularidad de

¹ Como señala M.^a Pilar Lozano Mijares en su libro *La novela española posmoderna* (Madrid, Arco Libros, 2007).

cada uno de los individuos que componen dicho grupo (homogéneo o no). Resulta, pues, que la etiqueta impuesta de forma errónea se reconoce como una “actitud” ante la vida, ante las propuestas estéticas también.

Este libro no solo plantea cuestiones pertinentes con el subtítulo del mismo (*Poesía española y posmodernidad*), ahonda también en los fenómenos que empujan a la poesía hacia algunas actitudes. Estos fenómenos nacen de la propia crisis cultural en la que nos encontramos, una situación que, como señala Saldaña, no pertenece únicamente al sector cultural propiamente dicho:

[...] la globalización neoliberal no se plantea como la construcción desde abajo de un escenario complejo y multicultural sino como la imposición de un imaginario ideado a la medida del pensamiento único (ese que fundamentalmente responde a los intereses de los mercados financieros especulativos) (56).

La crisis no es cultural, exclusivamente, pertenece a la sociedad, a los valores que la sustentan (económicos, principalmente, pues han dominado a los sociales, a los culturales, a los ideológicos...). Y en esa “actualidad” posmoderna complicada, indignada, mercantilizada, esperpéntica a veces, Saldaña escoge a una serie de autores diferentes, con planteamientos en apariencia distantes pero que conviven en el mismo universo (resulta que esto es posible...) y hace su apuesta por escenificar la pluralidad poética, ese mar de singularidades que es hoy la poesía española (el mosaico –metáfora de gran actualidad en los nuevos formatos narrativos que podemos encontrar en las series de culto de factura americana como *Flashforward*, y que tan bien ha expuesto Jorge Carrión en su reciente *Teleshakespeare*, Errata Naturae, 2011– que servirá en el futuro para descifrar el pasado y quizá el propio futuro). Las teselas son los versos de Ángel Petisme, Jenaro Talens, Antonio Colinas, Roger Wolfe, Leopoldo María Panero, Pere Gimferrer, Ángel Guinda, José Miguel Ullán, la sombra de Jaime Gil de Biedma o Vicente Aleixandre, Luis García Montero, Vicente Gallego, Jon Juaristi, Carlos Ortiz, Felipe Benítez Reyes, Martínez Sarrión, Guillermo Carnero, Ramón Eder, Manuel Martínez Forega, los alumnos y traductores aventajados de Ashbery, David González, Jorge Riechmann, Luis Antonio de Villena, los restos poéticos de Haro Ibars, la voz *post mortem* de Fonollosa, Carlos Piera e Ignacio Prat, Andrés Trapiello, Sánchez Robayna, Sánchez Rosillo, José Luis Falcó, Aníbal Núñez, Miguel Casado, Lorenzo Oliván, José Luis Piquero, Francisco Castaño, Javier Rodríguez Marcos, José María Micó, Eduardo Hervás, Merlo...

Y una demostración práctica de que la construcción y el análisis de la posmodernidad no es una cuestión de inercia ni de visibilidad, lo es de un espacio amplio en el que todos tienen su lugar. En un mundo en el que todo parece marcado por el poder y las influencias de este, sus tentáculos, es labor del buen crítico saber buscar,

incluso, debajo de las piedras para mostrar ese espacio plural y libre que entre todos hemos construido y que quizá entre todos destruyamos. La otredad implica entender la singularidad, el valor de cada una de las apuestas individuales en un espacio colectivo solidario. Hoy, en medio de esta posmodernidad escéptica, las fórmulas libres de expresión plantan cara cada día al sentimiento de canon tradicional, a los grupos creados a partir de las actitudes más torcidas. Eso no es una utopía, es un lugar por el que luchar y existe. Solo hay que saber mirar para encontrarlo, o querer hacerlo.

Ignacio ESCUÍN BORAO

Universidad San Jorge, Zaragoza